

## Fragmento de “La gama ciega”, de Horacio Quiroga

-Venimos para que cure a mi hija, la **gamita** que está ciega.

Y contó al cazador toda la historia de las abejas.

-¡Hum!... Vamos a ver qué tiene esta **señorita** -dijo el **cazador**. Y volviendo a entrar en la casa, salió de nuevo con una **sillita** alta, e hizo sentar en ella a la **gamita** para poderle ver bien los ojos sin agacharse mucho. Le examinó así los ojos bien de cerca con un vidrio redondo muy grande, mientras la mamá **alumbraba** con el farol de viento colgado de su cuello.

-Esto no es gran cosa -dijo por fin el cazador, ayudando a bajar a la gamita-. Pero hay que tener mucha paciencia. Póngale esta pomada en los ojos todas las noches, y téngala veinte días en la **oscuridad**. Después póngale estos lentes **amarillos**, y se curará.

-¡Muchas gracias, cazador! -respondió la madre, muy contenta y agradecida-. ¿Cuánto le debo?

-No es nada -respondió sonriendo el cazador-. Pero tenga mucho cuidado con los perros, porque en la otra cuadra vive precisamente un hombre que tiene perros para seguir el rastro de los venados.

Las gamas tuvieron gran miedo; apenas pisaban, y se detenían a cada momento. Y con todo, los perros las **olfatearon** y las corrieron media legua dentro del monte. Corrían por una picada muy ancha, y delante la gamita iba balando.

Tal como dijo el cazador, se efectuó la **curación**. Pero solo la gama supo cuánto le costó tener **encerrada** a la gamita en el hueco de un gran árbol, durante veinte días **interminables**. Adentro no se veía nada. Por fin una mañana la madre apartó con la cabeza el gran montón de ramas que había arrimado al hueco del árbol para que no entrara la luz, y la gamita, con sus lentes amarillos, salió corriendo y gritando:

-¡Veo, mamá! ¡Ya veo todo!

Y la gama, recostando la cabeza en una rama, lloraba también de alegría al ver curada a su gamita.

Y se curó del todo. Pero aunque curada, y sana y contenta, la gamita tenía un secreto que la **entristecía**. Y el secreto era este: ella quería a toda costa pagarle al hombre que tan bueno había sido con ella, y no sabía cómo.

Hasta que un día creyó haber encontrado el medio. Se puso a **recorrer** la **orilla** de las lagunas y bañados, buscando plumas de garzas para llevarle al cazador. El cazador, por su parte, se acordaba a veces de aquella gamita ciega que él había curado.

Y una noche de lluvia estaba el hombre leyendo en su cuarto, muy contento porque acababa de componer el techo de paja, que ahora no se llovía más; estaba leyendo cuando oyó que llamaban. Abrió la puerta y vio a la gamita que traía un **atadito**, un **plumerito** todo mojado de plumas de garza.

El cazador se puso a reír, y la gamita **avergonzada** porque creía que el cazador se reía de su pobre regalo, se fue muy triste. Buscó entonces plumas muy grandes, bien secas y limpias, y una semana después volvió con ellas; y esta vez el hombre, que se había reído la vez anterior de cariño, no se rió porque la gamita no comprendía su risa. Pero en cambio le regaló un tubo de tacuara lleno de miel, que la gamita tomó loca de contenta.

Desde entonces la gamita y el cazador fueron grandes amigos. Ella se empeñaba siempre en llevarle plumas de garza que valen mucho dinero, y se quedaba las horas charlando con el hombre. Él ponía siempre en la mesa un jarro **enlozado** lleno de miel, y arrimaba la **sillita** alta para su amiga. A veces le daba también cigarros que las gamas comen con gran gusto, y no les hace mal. Pasaban así el tiempo, mirando la llama, porque el hombre tenía una estufa de leña, mientras afuera el viento y la lluvia sacudían el **alero** de paja del rancho.

Por temor a los perros, la gamita no iba sino en las noches de tormenta. Y cuando caía la tarde y empezaba a llover, el cazador colocaba en la mesa el **jarrito** con miel y la servilleta, mientras él tomaba café y leía, esperando en la puerta el tan-tan bien conocido de su amiga la gamita.

